





Prótesis



COLECCIÓN  
ESCRITURAS

Andreu Martín

# PRÓTESIS

[ Tres  
puntos ]  
• • •

Prótesis

© Andreu Martín, 1980-2018

© Tres Puntos Ediciones, 2018

Derechos exclusivos para todos los  
territorios de lengua castellana.

Calle Felipe IV 3, 3ª izquierda. Madrid 28014

[www.trespuntosediciones.es](http://www.trespuntosediciones.es)

[hola@trespuntosediciones.es](mailto:hola@trespuntosediciones.es)

Depósito Legal: M-8605-2020

ISBN: 978-84-17348-21-2

Diseño interior y portada: Rodrigo Álvarez Abel

Impreso en España/*Printed in Spain*

Primera edición: mayo de 2020

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio,  
ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin  
autorización previa del editor.

## Detrás de Prótesis

En 1979 ya había escrito tres novelas pero era consciente de que todavía me encontraba en pleno periodo de aprendizaje literario. *Aprende y calla*, la primera, había sido un primer intento chandleriano, evidentemente influido por las novelas de Jaume Fuster, Manuel de Pedrolo o Manuel Vázquez Montalbán, primeras incursiones de la novela negra en paisajes y decorados autóctonos; *El señor Capone no está en casa* fue la gamberrada del hijo matando al padre para deshacerme de la forma más drástica de las influencias de novelas, películas y teleseries norteamericanas que siempre han contaminado, inevitablemente, de una forma u otra, el género negro que se produce en el resto del mundo; y *A navajazos* (en su primera edición, *A la vejez, navajazos*) había sido mi primer intento —fallido— de hacer un procedural a la española con el rigor aprendido con Ed McBain o Joseph Wambaugh. Me enteré de que Ediciones Sedmay convocaba el premio Club del Crimen y pensé en escribir una novela contundente para ganarlo.

*Prótesis* nació de un acto de arrogancia. Acababa de leer un par o tres novelas negras basadas en la estructura de la persecución que me habían parecido fallidas y pensé que yo podía mejorarlas sin demasiado esfuerzo. La persecución me parecía un planteamiento elemental para captar y mantener el interés del lector, pero pensé que, para redondear la trama, había que darle un final apoteósico que los autores de los libros que yo leí no le habían sabido dar. Sin ese desenlace brillante, la sencillez del mecanismo de la caza se convertía en simple y decepcionante. Con la convicción de que yo sería capaz de solventar esa dificultad y con el objetivo de escribir una novela fácil y rápida, me puse a escribir.

Mi punto de partida fue una anécdota que viví con la pandilla que en aquella época formábamos unos dibujantes de cómics, guionistas y diseñadores en un rincón de la Esquerra de l'Eixample de Barcelona. Ocupábamos todos pisos muy cercanos entre sí, distribuidos entre la Gran Vía y la avenida Mistral, nos reuníamos en mi casa, trabajábamos hasta altas horas escuchando un programa de radio que se llamaba *Encarna de noche* y solíamos comer juntos por el barrio. Había un bar —me parece que aún existe— llamado Amadeu donde nos ponían unos espléndidos bocadillos de pan con tomate con atún, pimientos y no sé qué cosas más, y en él estábamos almorzando un día cuando sucedió lo que quiero contar.

Era un local muy estrecho y aquel mediodía nos encontrábamos apretujados a una mesa, riendo y charlando de esto o aquello. De pronto, entraron unos hombres



y uno de nosotros, un diseñador, pegó un brinco y se escondió debajo de la mesa con el consiguiente revuelo. Era evidente que se estaba escondiendo despavorido de aquellos individuos.

Luego, justificó su comportamiento. La noche anterior, nuestro amigo el diseñador había estado en las Ramblas, había conocido a un tipo que le había gustado y se habían ido a una habitación por horas. Al desnudarse, su ligue había puesto sobre la mesilla de noche la placa y la pistola que lo acreditaban como policía. Nuestro amigo había vivido aquella relación con auténtico pánico y, cuando todavía no se había repuesto del susto, apenas doce horas después, lo veía entrar, con otros colegas, en el restaurante donde estábamos comiendo.

Ese incidente había de servirme como punto de partida para la novela que estaba por escribir. Porque me parecía original, nunca había leído ni había visto una situación parecida en ninguno de los libros que había leído y también, y sobre todo, porque describía perfectamente el terror que en aquellos momentos (año 1979, se suponía que en democracia ya) nos inspiraba la policía.

Sería, pues, un libro de miedo. Miedo del policía a que se le delate como homosexual ante sus compañeros, miedo del homosexual a las represalias del policía, miedo del vengador a las consecuencias de lo que se dispone a perpetrar, miedo del cazador y de la presa. Para acentuar ese sentimiento, decidí que la violencia que en él se contuviera no había de ser ni épica ni complaciente. Hasta entonces, los lectores de mis libros anteriores habían

valorado positivamente mis descripciones de escenas de violencia. Se me ocurrió que era un error. Los estallidos agresivos debían resultar tan incómodos en la literatura como en la realidad, me dije.

Y pasé miedo y angustia mientras la escribía. Para dar miedo en su libro, el autor debe tener miedo, porque no puedes dar lo que no tienes; y durante aquellos días de intensa escritura experimentaba ahogos y palpitaciones que calmaba levantándome de mi silla y paseando por la habitación, muy afectado por el contenido de aquella historia que había de ser más importante en mi vida de lo que yo mismo me había propuesto.

Mezclé en ella la ferocidad de las bandas callejeras con el procedimiento policial (escaso y rudimentario) que había aprendido para escribir *A navajazos*, incluso introduje como personaje secundario al policía que había sido protagonista de mi tercera obra, Antonio Lallana y, si me hubieran preguntado en aquella época, no habría sabido discernir ningún otro elemento significativo y personal. Acaso que el malo malísimo se llamaba Gallego en recuerdo de que el dictador Francisco Franco, que reinaba entre nosotros aun después de muerto, era gallego, pero no mucho más.

Han pasado los años y *Prótesis* sigue viva y muy viva. Debo decir que hasta demasiado viva para mi gusto. Cuando me encuentro a un lector que me habla de cómo le impresionó el relato del Migue, no puedo evitar recordarle que, desde entonces, han pasado cuarenta años y yo he

escrito sesenta y cuatro novelas para adultos y cincuenta y siete juveniles.

—Yo ya no soy aquel Andreu Martín —les digo, para animarles a leer las obras más recientes.

Pero, luego, en la intimidad, me pregunto si eso es verdad. ¿Ya no soy aquel Andreu Martín? Las emociones intensas que experimenté mientras escribía la novela están todavía palpitantes en mí. Y, cada vez que pienso en ella, descubro algo que me aproxima a un subtexto tan aterrador que no voy a poder exponerlo en este prólogo.

Además de todo lo relatado, podemos tener en cuenta que en el relato se da la poderosa paradoja de que el Gallego, durante un interrogatorio, golpea al Migue en la boca para que no hable. Y eso convertirá al Migue en una fiera sin dientes. Fiera sin dientes. Quiere que le llamen el Dientes porque no tiene dientes. Una vez me mostraron en el zoo de Barcelona a un león al que sus dueños, para que no hiciera daño a los niños, habían arrancado uñas y dientes. Era un león desgraciado que no podía vivir con sus congéneres porque estos lo matarían. Sin duda esta imagen influyó a la hora de inventarme a Migue el Dientes. Un león sin colmillos ni zarpas. Migue el Dientes aterrorizado desde el principio al final del relato. Tal vez sea, de todos mis personajes, el más asustado de todos. No el más cobarde, pero sí el más asustado. Me atrevería a decir que el Migue es valiente (o, digamos, capaz de hacer lo que hace) precisamente porque está tan y tan asustado. El cazador asustado. Y, en cambio, la presa, el policía veterano educado en la filosofía asquerosa y elemental

de la dictadura, no experimenta el menor miedo. Porque su trabajo es la violencia, la confrontación, el matar para no morir. De toda la novela, una de las escenas que más fielmente respetó Vicente Aranda cuando rodó la película fue aquella en que presentamos al Gallego en su vida en familia, cómo trata a su mujer, cómo trata a sus hijos, el miedo que da sin necesidad de estridencias.

Todo ello (y lo que me callo) me transporta aún hoy a una pesadilla infantil que se repetía inexorablemente en la soledad de mi habitación; aquella pesadilla que nunca podré olvidar por todo lo que significó, significa y significará en mi vida.

Pienso en ello y entiendo por qué las emociones de *Prótesis* continúan palpitando en mí cuarenta años después de haber escrito el libro.

Y es porque *Prótesis* es aquella pesadilla.

Andreu Martín

## PRIMERA PARTE



I  
*Viernes, 21 de julio*

7:30 DE LA MAÑANA

No hay nada más siniestro que la sonrisa de una calavera. Es un rictus petrificado, frío, inexpresivo e inmutable. Dientes apretados en un mordisco feroz. Es un cepo que se cerró de golpe, clap, y nunca jamás soltará a su presa. Es una carcajada contenida y sin alegría, sonrisa de compromiso, sonrisa de dolor, amenaza de crueldad. Mueca forzada de verdugo que finge ser tu amigo antes de hacerte daño, mucho daño. Ahora no pasa nada divertido, no hay motivo para reír, pero dentro de poco, ya verás dentro de poco, solo de pensarlo... Estallará la risotada cuando gimas y llores de miedo, cuando te retuerzas de dolor. La sonrisa de una calavera sugiere cuencas vacías, que son ojos que miran hacia el interior del cráneo y se regodean en la visión de pensamientos putrefactos. Sugiere corrupción, y gusanos, y huesos que se oxidan lentamente mientras esperan la hora de la revancha.

Miguel Vargas Reinoso tiene su sonrisa de calavera metida en un vaso de cristal, con agua y una pastilla

de Corega-Tabs. Se pasa horas y horas mirándola, cada noche, desde que se la arranca de las encías hasta que la devuelve a su sitio, en la boca. La mira con sus ojos rasgados, felinos y desagradables y, mientras lo hace, respira por la nariz acompasadamente, a un ritmo quizá más acelerado de lo normal. Noches enteras con la vista fija en ella y pensando que ha pasado mucho, mucho tiempo.

Mientras la limpia minuciosamente con el cepillo de fibra (porque el de cerda no es tan eficaz contra el sarro y la nicotina), embadurnados los dedos de AZ-15, piensa que le costó catorce mil quinientas setenta pesetas hace cuatro años. Mucha pasta. Más de cuatrocientas cincuenta y cinco pesetas por diente. La espolvorea, rosa y blanca, con polvos fijadores Super-Corega, para que nunca se separe de él.

Luego, Miguel Vargas Reinoso se encara con el espejo. Nunca se mira a los ojos. Su interés se centra solo en los labios hundidos y deformes. Se conoce de memoria todas y cada una de las cicatrices blancuzcas que le surcan la piel desde la base de la nariz, en el labio superior, hasta la puntiaguda barbilla. Ha pasado mucho tiempo, mucho. Pero no es demasiado, nunca será demasiado. Siguiendo con el ritual, sujeta la sonrisa de calavera con los dedos pulgar y medio de la mano derecha y se la encaja en las desnudas encías. Como por arte de magia, sus labios dejan de ser deformes y monstruosos. Tira de las comisuras hacia atrás en una mueca que deja al descubierto casi todos los dientes, imita la sonrisa de la muerte, la hace suya. Cierra la boca y vuelve a abrirla varias veces. Luego, se lava,



se afeita y se peina ante el espejo de azogue desconchado. Se pone los pantalones vaqueros sobre el calzoncillo sucio de poluciones nocturnas. El descolorido fred-perry de mangas cortas. Hoy hará calor. Los calcetines que no lava desde hace dos semanas y las botas camperas, gastadísimas, su único calzado. Saca un Celtas del paquete y lo prende con una cerilla.

Con infinito cuidado, guarda en un estuche el vaso transparente, el Corega-Tabs, el Super-Corega, el dentífrico y el cepillo. Y piensa: «Se acabó la rutina». Casi sonrío. Son las siete y media, y cualquier otro día hubiera salido corriendo. Pero ahora la rutina quedó atrás. Se acabó, por fin, después de ocho años, ocho larguísimos años de moverse a toque de pito, a toque de corneta, siempre contra reloj. Parecía que nunca iba a llegar este día. La rancia atmósfera de la habitación, de repente, huele a libertad.

Anoche, el teléfono sonó histéricamente en el pasillo de la pensión. Y Miguel, como de costumbre, tuvo un ligero sobresalto. No había motivo, en realidad. Si la tan ansiada comunicación no había llegado en tres años, no había motivo para que llegara entonces. Pero Miguel seguía estremeciéndose al oír el timbre. Porque aún tenía esperanzas. Si no las tuviera, se decía, ya se habría pegado un tiro.

Sin esperanzas, no habría podido soportar el estricto horario de la cárcel, las broncas de los guardianes, las celdas de castigo, la monotonía de la mili y los tres años de trabajo legal en Zaragoza, de la empresa a casa, de casa a la empresa, ni un vino, ni una puta, ni un amigo, ni una curda. Salía de las mudanzas, se metía en la pensión y se

tumbaba a esperar, hasta la hora de la cena. Sin esperanzas, no habría podido soportar la soledad de cada comida, la obsesión de *limpiarse* para siempre, de no conocer a nadie, de no meterse en nada, ni legal ni sucio, en nada. Ni las largas noches que pasaba con los ojos abiertos (¿cuánto hace que no duermes?), fumando, mirando la sonrisa de calavera encerrada en el vaso de agua y murmurando entre dientes, la mala leche vibrando en cada célula de su piel. «Te voy a joder, hijoputa, te voy a arrancar los dientes uno a uno, te ataré a la cama y te daré patadas en los huevos y te pasarás el resto de tu vida en una silla de ruedas y meando sangre, cabrón...». Horas y horas y horas tratando de decidir qué sería mejor, si dejar a su enemigo con vida o si tenía que matarlo después de ensañarse con él. En ocho años, sus letanías nunca se habían repetido. Miguel las iba enriqueciendo con su imaginación y con ideas sacadas de su libro predilecto (*Suplicios orientales del siglo XIX*). Y, al final de las largas letanías de insultos, amenazas y promesas, como si fuera un religioso «amén», añadía:

—Y si no, me mato.

Pero no se había matado cuando el teléfono sonó cuatro veces. Aún tenía esperanzas. En cientos de ocasiones había oído el timbrado frenético, en cientos de ocasiones se había sobresaltado inútilmente, pero él sabía que un día llegaría su llamada. Por eso había sufrido lo que había sufrido y por eso no se había matado aún. Los pasos de doña Pascuala avanzaron por el pasillo. Siempre pasaban de largo y la patrona avisaba al inquilino de dos puertas más allá, o al matrimonio de enfrente. Pero ayer, por fin,

los nudillos de doña Pascuala golpearon en su puerta. Y Miguel dio un salto sobre la cama. Por primera vez en tres años lo llamaban a él.

—¡Señor Vargas! ¡Para usted!

Cuando salió atropelladamente, no había ni rastro de la patrona. Le asustó pensar que la muy cabrona estuviera escuchando detrás de alguna puerta. Avanzó ansioso hasta el aparato, cogió el auricular. Su corazón se había vuelto loco.

—¿Diga?

—¿Miguel?

—¿Quién es?

—¡Soy el Marujo! ¿Eres el Migue?

—¿Marujo?

—¿Cómo va eso, tito? ¡Ja, ja, ja!

—¿Marujo? ¿Eres el Marujo?

—¡Claro que sí, tito, ja, ja, ja! Cuánto tiempo, ¿eh, chaval...?

—¿Dónde estás?

—¡En Barcelona, ¿dónde voy a estar?!

—¿Quién te dio este número?

—¡El Chava, ja, ja, ja! ¿Cómo estás, tito? Cuánto tiempo, ¿eh? ¿Qué haces?

—¿Qué hay? ¿Qué pasa? ¿Qué quieres?

—¿Aún es fetén lo de las cinco sábanas?

—¿Has encontrado al Gallego?

—¡Sí, señor, te lo he encontrado, tito, ja, ja, ja!

—¿Dónde está?

—¡Aquí, en Barcelona, ja, ja, ja! ¿Vas a venir?

—¿Qué hace? ¿Es verdad que se salió de la poli?  
—¡Dice que lo echaron! ¡Dice que lo echaron por tu culpa, tito, ja, ja, ja! ¿Vas a venir o qué?  
—¡Sí, sí, sí, voy a ir! ¡Mañana voy!  
—¡Trae los cinco verdes para mí, ¿eh?! Que ya ves que he cumplido...  
—¿Dónde te veo?  
—El domingo en el Palmer. ¿Sabes dónde está el Palmer? En el Paralelo, cerca de ronda San Pablo, ¿sabes dónde te digo?  
—Sí, ¡sí!  
—Pues el domingo por la noche nos vemos allí, ¿vale? A las doce, ¿vale?  
—¿No puede ser antes? Yo... yo, mañana por la noche, ya estaré en Barcelona...  
—No, tito, que yo curro...  
—¡Pero si es solo un momento! ¡Tú me dices dónde está y yo te doy la pasta y...!  
—¡Que no, tito! ¡Que tenemos que hablar, joder! ¡Joder, tanto tiempo sin verte, joder, ja, ja, ja! ¡Que quiero que me cuentes a qué te dedicas, tito, ja, ja, ja!  
—¡Pero, oye, Marujo...! ¡Escucha, Marujo...!  
—¡Pero, tito!, ¿qué pasa? ¡Que no se te va a escapar, oyes...! ¡Hasta el domingo, ¿eh?!  
Temblaba cuando regresó a su habitación. Le sudaban las manos y la cabeza le daba vueltas. Por fin. Por fin, por fin, por fin... Se tumbó en la cama y sonrió. Por fin. Le costaba respirar y pasó la noche con los ojos abiertos, mirando al techo y maldiciendo como nunca lo

había hecho. «Te voy a joder, hijoputa, te voy a joder, te ataré a cuatro sillas, boca arriba en el suelo, y te pisaré los huevos, y te meteré cigarrillos encendidos en la boca y, cuando la abras, aaaaaah, cuando la abras para gritar...». Al amanecer, no ha terminado diciendo «Y si no, me mato». Ya no hace falta. Ya no habrá un «si no».

Con movimientos pausados («No corras, no hay prisa»), recoge la bolsa de deporte, le sacude el polvo y la llena con sus dos camisas arrugadas, el jersey de lana con los codos rotos, el cuello cisne, los pantalones grises, dos calzoncillos sucios y una camiseta de manga corta. Entre la ropa, coloca el estuche de la dentadura y sus tres libros: el de Sade, *Las once mil vergas* y el de los martirios orientales. Por fin, levanta el colchón y coge algo envuelto en un trozo de toalla muy sucio de grasa. Sopesa el envoltorio en la mano. Unos dos kilos. No puede resistir la tentación de mirarla una vez más.

Es una pistola Bernardelli. Algo más pequeña que su mano extendida. Con siete balas de 9 milímetros. Fea, de líneas anticuadas, demasiado redondeadas. La punta del cañón es casi cilíndrica y a Miguel siempre le sugiere pensamientos obscenos. Lleva las iniciales VB grabadas en la cache. Miguel siempre ha creído que solo gracias a esta herramienta ha podido resistir los... ¿cuánto hace que la tiene?... los tres años de cautiverio voluntario. Siempre que la mira se siente fuerte, libre, feliz.

La envuelve otra vez en el grasiento trozo de toalla y la mete con la ropa. Corre la cremallera de un brusco tirón, deja la bolsa sobre la cama junto al chaquetón grueso

que compró para el invierno, y sale al pasillo de la ruinosa casa de huéspedes.

Hoy, cosa rara, le dirige la palabra a doña Pascuala cuando se la encuentra por el camino. Ella amaga un gesto de temor y recelo. Nunca se ha fiado de este inquilino que no hace ruido cuando camina.

—A mediodía ya me dirá qué le debo. Me voy.

—Bueno.

Solo «Bueno», después de tenerlo tres años alojado en su casa. A doña Pascuala le habría gustado añadir algo así como «Mejor», o «Ya era hora», pero no se ha atrevido.

Miguel va caminando a la casa de mudanzas donde trabaja desde hace dos meses. Las sombras son alargadas a esta hora de la mañana, pero el cielo está despejado y el sol ya caliente.

Mequinenza, el contable, acaba de llegar y ya está inclinado sobre su escritorio, con la nariz a dos dedos del papel, haciendo números que ayer dejó para mañana.

—Prepárame la liquidación, que me voy —le dice Miguel.

—Hombre, no me jodas —responde el otro sin dejar de escribir—. Que tenemos mucho trabajo. Espérate a fin de mes...

—Se ha muerto mi padre —miente Miguel—. Me llamaron ayer por la noche. Tengo que irme a Barcelona.

Mequinenza levanta la cabeza con expresión de fastidio. Tiene más de sesenta años, hace días que ni se afeita ni se lava y su cara siempre parece indicar que cerca hay algo maloliente.

—Pues vete a ver al jefe, a mí qué me cuentas. Yo, si el jefe dice que vale, pues vale.

Miguel mira el póster de la tía desnuda y despatarrada que está clavado en la pared. Suspira y carga el peso del cuerpo en la pierna derecha.

—¿Dónde está el jefe?

—¿Dónde va a estar? En el bar.

—Tú prepara la liquidación.

Sale del almacén y atraviesa la calle sin respetar el semáforo, corriendo y mirando a un lado y a otro para esquivar los coches. Entra en el bar, donde el dueño de la empresa y otros dos empleados están tomando cazuelas de callos con tintorros. Los tres interrumpen sus bromas al verle. Los compañeros de Miguel solo le dirigen la palabra en pleno trabajo y cuando es indispensable, con frases como «¿Tú arriba o abajo, Miguel?», o «¡Sujeta la cuerda!», o «¡Tira, tira ya!». Nada más. Miguel es un tipo raro. No habla nunca, ni de tías, ni de fútbol, ni de dónde vive, ni de su familia, ni de nada. Nunca les ha ofrecido ni ha aceptado una copa. Ni «Buenos días» ni «Adiós». Y mira de una forma como extraviada. Solo el jefe le dirige la palabra. Lo considera un poco retrasado mental y dice que no tiene ni media bofetada.

—Tómate algo, Miguel...

—Me voy. Le he pedido a Mequinenza que me haga la liquidación, porque me voy.

—¿Qué pasa, pues?

—Que se ha muerto mi padre y tengo que ir a Barcelona hoy mismo.

Los dos compañeros de Miguel se miran entre sí y procuran ocultar su incredulidad y su alivio. El jefe le pone la mano en el hombro y piensa qué coño le puede decir a este tío, aunque no cree que haya tenido padre jamás.

—Coño... —dice por fin, con terrible acento maño—. Coño, coño, chaval...

Se queda mirando el serrín del suelo, sacude la cabeza y da un doloroso apretón al hombro de Miguel. Este echa una ojeada a la mano como si estuviera a punto de decir: «No me toques o te parto la cara». Pero no dice nada. El jefe la quita para acomodarse los huevos a través de la sucia bragueta. Suspira resignado.

—Bueno, qué se le va hacer... Así que te vas... Joder, joder... ¿Y no vas a volver o qué?

—No. Tengo que ocuparme del negocio.

Los otros dos ya están discutiendo para pagar las consumiciones. El jefe manda un viaje al brazo de Miguel como para tirarlo al suelo.

—Si te quedaras un poco más, cobrarías el ese del paro, coño. Entonces, se completaban los tres meses de prueba y yo te lo apañaba...

—No lo necesito.

—Bueno, hombre, bueno. —El último trago de vino—. Vamos.

El sol cae ya con furia sobre la calle y la atmósfera empieza a ponerse irrespirable. Los cuatro llegan caminando tranquilamente y sin prisas al almacén.

—¡Mequinenza! ¡Que le liquides al Miguel, que dice que se le ha muerto su padre y que se va! —el jefe tiende



su mano en señal de despedida—. Bueno, chico, lo siento. Mira que irte ahora con la de trabajo que hay...

—Váyase usted a tomar por el culo —pronuncia cuidadosamente Miguel.

El jefe se encoge de hombros, sin inmutarse aparentemente, y se va hacia el fondo del almacén, donde están los camiones. Se tranquiliza pensando que algún día tenía que ocurrir y que mejor que sea ahora. Si a Miguel se le ocurre decir algo parecido un mes antes, lo hincha a hostias. Pero hasta aquel momento se ha conformado con sus miradas de malo de cine. ¿Que se va y le da la gana de enviarlo a tomar por culo? Bueno, pobrecico, que se desahogue. Mientras se vaya... Pero, desde luego, el jefe nunca más le hará otro favor al Caro. Y durante el resto del día estará de mala leche.

—¡Cargad un par de canastones y todas las mantas!  
—ordena a gritos.

Los otros, mientras obedecen, cuchichean y miran a Miguel de reojo.

—Parece un buitres, joder.

Mequinenza le da unos cuantos billetes de mil, Miguel firma y se va. Ahora sí que se acabó. Os podéis ir todos a la mierda. Él, que siempre caminaba arrastrando los pies y ligeramente encorvado, ahora va deprisa y erguido, sacando pecho. De repente, se ve lleno de vitalidad. Libre. Libre después de cuatro años de cárcel, uno y medio de mili y tres de esclavitud. Ha llegado la hora de la verdad. La hora de entrar a matar.

Atraviesa la plaza del Portillo y avanza por el Coso como si en su cerebro sonara una marcha militar.

Otra vez a Barcelona. Otra vez al rollo. ¿Cuánto tiempo hace que no va por allí? En el 75, cuando le dieron permiso en la mili, fue a pasar unos días a casa de su hermano. Iba exclusivamente para hablar con el Chava o con el Marujo, pero los dos estaban a la sombra. Y no había vuelto a saber de ellos hasta la llamada de ayer.

Tuerce a la izquierda, justo antes de llegar a la calle Cerdán, y entra en el bar Los Pajaritos. Está lleno de gente que ríe, grita, fuma y toma chatos y tapas. Sin saludar a nadie, Miguel se abre paso hasta la mampara de cristal traslúcido y madera que forma algo parecido a un reservado. Al otro lado, tras una mesa, con su café con leche y su bollo, oculto a la vista de los clientes, está el Caro. Pelo blanco, ojos desmesuradamente grandes tras sus gafas de aumento, cuerpo famélico. Y la gruesa manta sobre las rodillas, siempre la misma mugrienta manta de cuadros, en invierno y en verano, que más que abrigar parece que oculta algo.

—Hola, Miguel. ¿Qué haces por aquí a estas horas?

—Me voy —dice él, de pie, respetuoso como el recluta ante el coronel, aun sin perder su aire impertinente—. Me han llamado de Barcelona y me voy.

El Caro unta el bollo en el café con leche, lo sorbe ruidosamente y hace un guiño con los ojos.

—Vaya. ¿Ya te han encontrado al Gallego?

—Sí. Pero ni una palabra a nadie, ¿eh, Caro? El Migue y el Gallego no tienen nada que ver. Tú no sabes nada. ¿Vale?

—No hagas tonterías, Miguel. Aquí te lo has montado bien: ¿para qué te vas a complicar la vida ahora?

—Me voy, Caro. Gracias por todo y me voy.

Es muy raro que Miguel agradezca nada a nadie. Pero el Caro es un caso aparte. El Caro le ayudó mucho, en la cárcel, cuando él tenía diecisiete años y era una mierda. El Caro era entonces un tipo alto y delgado, nervioso, fuerte y de aspecto peligroso. Los otros presos lo trataban con respeto, nunca levantaban la voz en su presencia y le proporcionaban todos los caprichos. Él protegió a Miguel. Era una maricona babosa y vieja, que reclamaba sus favores en cualquier momento y lugar, y que a veces le zurraba, pero a cambio de todo eso daba mucho más que la mayoría. Cuando le tocó salir al Caro, a Miguel se le pusieron feas las cosas. Al machaca de un primero, como se dice allí, al protegido de un mandamás, luego le caen encima todos los palos. Después, lo enviaron directamente a la mili, a Santander, un sitio de los duros donde iban a parar todos los que tenían antecedentes, ya fueran comunes o políticos. Había gente de la ETA y todo, y los puteaban a más y mejor. Y, al acabar, fue directamente a la dirección que el Caro le había dado: el bar Baturro.

Lo encontró mucho más viejo y delgado, como si hubiera nacido para la cárcel y al sacarlo de allí lo hubieran destrozado. Miguel, en los tres años que ha pasado en Zaragoza, nunca le ha visto levantarse de la silla del reservado, y la manta sobre las rodillas le hace pensar que se ha quedado paralítico.

—Quiero un trabajo honrado —dijo entonces—. Quiero limpiarme del todo. Y quiero trabajos duros. Me he puesto fuerte en la mili y quiero seguir así.

—¿Aún piensas en el Gallego?

Claro que pensaba en el Gallego.

—No te fíes de eso de quedar limpio, Miguel. Cuando uno ha tocado el piano, ya está listo. Así pasen cinco, diez o mil años.

El Caro le consiguió trabajo en una piscina, para que enseñara a nadar a los críos. Allí, además de ganar pasta, podía entrenarse en el gimnasio en los ratos libres. Levantaba pesas, trepaba por cuerdas y escaleras y hacía espalderas hasta quedar reventado. Alguna vez, el Caro le había llamado a la pensión:

—Oye, Migue, que tengo un trabajito para ti. Una cosa bien fácil, con tíos que saben lo que se hacen...

Y él:

—Que no, Caro, que me quiero limpiar. Yo solo por lo legal.

Un día, en el Tubo, Miguel se encontró a un tío que le cerró el paso y le dijo imperativamente: «Querérame las bastas». El viejo truco. Instintivamente, Miguel le enseñó las manos con las palmas hacia arriba, con lo que demostró que entendía el chamulle, y el otro le miró las manos (las bastas, las lomas, las datileras), comprobó que no tenían callos de trabajador, sacó la cartera y le enseñó la chapa. Era un pasma. Miguel se pasó día y medio en comisaría. Al salir, volvió a ver al Caro.

—Quiero algo que me ponga las manos de trabajador. Picapedrero o algo así.

Y el Caro le consiguió que fuera a picar piedra en la construcción de la autopista de Alfajarín. Allí conservó los músculos duros, poderosos y a punto, y además se le pusieron las manos como rocas. Su siguiente trabajo fue el de las mudanzas, subiendo y bajando muebles y cajas...

Todo se lo debía al Caro. Por eso, aunque nunca le agradeció nada a nadie, Miguel se despide ahora de su protector diciendo:

—Me voy, Caro. Gracias por todo y me voy.

—Si me necesitas —dice el Caro—, ya sabes dónde me tienes.

Alarga un brazo con la mano abierta, la palma hacia arriba. Miguel sujeta aquella mano como el nene que agarra la de su madre. El otro tira suavemente de él y le besa en los labios. Juguetean con la lengua por un instante. Una vez más, mientras lo hace, Miguel piensa en la Nena y traga saliva. Reprime con esfuerzo cualquier mueca de desagrado. Piensa: «Que no se me escape la náusea ahora. Ahora no, por favor». Se separan, se miran y ya no dicen nada más.

Miguel sale del bar con lágrimas en los ojos. Enciende un cigarrillo y suspira.

Va a la pensión, le paga a doña Pascuala lo que le debe, recoge su pequeño equipaje y se va a la estación del Portillo. El Talgo saldrá a las dos y media y llegará a Barcelona sobre las siete.

Ha llegado la hora de la verdad. La hora de entrar a matar.

## II

*Sábado, 22 de julio*

### 4 DE LA TARDE

El Chava y el Migue no se ven desde aquella noche en que fue desmembrada la banda, hace ocho años. La noche de los tiros, el pánico, los llantos, los chillidos y la cabeza del Cachas destrozada por un balazo. La noche en que el Gallego les echó el guante al Migue y al Marujo.

El Chava había ido a registrar el R-12, alejándose del lugar donde los otros violaban a la tía y golpeaban al novio. Regresaba triunfalmente con el radiocasete en las manos cuando vio el coche de la policía. Vio cómo apagaban todas las luces y cómo bajaban de él, en silencio y a traición, dos grises y dos de paisano. Instintivamente, tiró el radiocasete y echó a correr, agachado, hacia la derecha, entre los árboles, dejando atrás el tiroteo y la histeria del Migue. Se dejó caer por la pendiente, rodando sobre los matorrales espinosos y se perdió en la noche, entre las casas aisladas que salpican la falda del Tibidabo.

El Chava siempre había sido el más duro de la pandilla. Casi más, incluso, que el Cachas, que era el jefe. En el

barrio de la Mina se corrió el rumor de que él se las había apañado para quitar al Cachas de en medio y ocupar su puesto. Miguel sabía que eso no era cierto, pero cuando uno se hace mala fama en el barrio de la Mina y la poli se presenta por allí preguntando por él en plan bronca, más le vale desaparecer. Y el Chava desapareció.

Miguel se enteró de todo esto por una carta que le escribió el Chava a la cárcel. Era una carta en la que, torpemente, casi como temeroso de las represalias de Miguel, contaba cómo había escapado y defendía, sin argumentos, su inocencia. En la carta, como prueba de buena fe y pidiéndole repetidas veces que guardase el secreto, le decía que por fin se había liado con Carmiña y que vivía en su bar de la calle Cortinas.

Miguel le contestó con otra carta, más escueta.

«Quiero decirte que creo que lo que me dices es verdad. ¿Dónde está el Marujo? Daré cinco mil pesetas al que me diga dónde está y qué hace y dónde vive el Gallego, si es verdad como dicen que se ha salido de policía».

Durante el mes de permiso que le concedieron en la mili, Miguel fue a Barcelona con la única intención de ver al Chava. Encontró el bar y a Carmiña, pero no lo encontró a él. Al parecer, se había liado con un par de tíos y habían hecho algunos trabajos. Lo pescaron y le salieron diez años. Desde entonces, Miguel no ha sabido nada más del Chava, hasta hoy.

El bar Julio está igual que la vez anterior. El marco de la puerta está pintado de rojo y en uno de los cristales empañados por el polvo una mano temblorosa ha escrito

«Comidas Caseras Menú 130 plas. Tapas» y ha dibujado algo parecido a un bocadillo. Dentro hay solo cuatro parroquianos jugando a la manilla en torno a una mesa. Todo en aquel lugar, desde el mostrador hasta las boinas de los clientes, parece recubierto por una fina película marrón, pegajosa y maloliente. Detrás de la barra, de espaldas a la puerta, el Chava mete cervezas en un antiguo frigorífico. Va en mangas de camisa y lleva un sucio mandil azul. «Joder, cuánto tiempo hace», piensa Miguel. «Cuánto hemos cambiado todos». Se queda de pie frente a la barra, esperando a que el otro se vuelva. El Chava mete la última botella en el frigorífico, se agacha para quitar la caja vacía del paso y, entonces, le ve.

«Joder, cómo hemos cambiado todos».

Al Chava lo llamaban así porque tenía cara de crío y, siendo el mayor de la pandilla, parecía el más joven. Aunque no había nadie que lo ganara a mala leche, era pequeño, de apariencia inofensiva y aire inocente y angelical. Se acercaba a los tenderos, pestañeando como solo él sabía hacerlo y, haciéndose el niño tonto, los distraía mientras los demás afanaban la fruta. Ahora, parece que todo él se hubiera ensuciado. La mueca de su boca es desagradable y las arrugas que circundan sus ojos le dan una expresión de agresiva desconfianza. Su pelo oscuro ya escasea, manchando la brillante calva con guedejas grasientas. Su mirada se ha vuelto opaca e inexpresiva. La cárcel y la mala leche dejan su huella, qué le vamos a hacer.



También el Chava se ha quedado de piedra. Miguel, el Migue, no es que pareciera canijo, es que lo era. El más alto de la pandilla, pero también el más delgado y vulnerable. Era el que tenía que recurrir a mordiscos y arañazos en las peleas. Empezaron a llamarle el Gachí porque a veces chillaba como una nena y porque se llevaba todas las bofetadas. Pero fue el primero que sacó una navaja en aquel grupo de chavalines, y el primero que se enfrentó con el Cachas, amenazándole y diciendo «¡Al próximo que me llame Gachí lo rajo!», y sus ojos miraban de una forma tan extraña, resuelta y amenazante, que todos olvidaron aquel mote y, a falta de otro mejor, lo llamaron casi por su nombre: el Migue. Pero ahora, macho... La cara es casi la misma, eso no parece haber cambiado. El mismo pelo rubio y brillante, muy corto, y los ojos como de gato. Quizá haya cambiado la expresión de su boca. El Chava se fija enseguida en las cicatrices que deforman la línea de los labios. Lo realmente distinto, irreconocible, es su cuerpo. Se adivina una poderosa musculatura bajo la camisa amarilla, y sus muñecas apoyadas sobre el mostrador son casi más anchas que las del Chava.

—Coño, Migue.

—Coño, Chava.

El Chava sonrío y hace una mueca. Ya está bien, Miguel, se acabaron los años de penitencia, ahora estás entre amigos, los necesitas, ellos te ayudarán. Ahora, Miguel descubre que estaba asustado mientras iba al bar, asustado ante la perspectiva de que el Chava no estuviera allí, o de que no dijera «Coño, Migue», o de que no sonriera.

Se emociona y se le hace un nudo en la garganta. Por fin, Miguel, todo vuelve a ser como antes. Como hace ocho años. Los amigos, la libertad.

Se dan un efusivo apretón de manos y el Chava observa su emoción y sonrío más y le pasa la mano por el pelo.

—Coño, Migue, coño, coño... ¿Qué haces por aquí? Joder, qué cambiado que estás...

—Pues anda que tú... ¿Cómo te fue en el trullo?

El Chava mira a otra parte y resopla. Sin soltar la mano del Migue, rodea el mostrador y tira de él hacia el fondo del bar. En la cocina, alguien está fregando platos.

—¿Qué tomas? ¿Una cerveza?

—Bueno.

Deja a Miguel junto a una mesa, tres o cuatro más allá de donde discuten los cuatro jugadores. Miguel se deja caer sobre una silla y se pasa la mano por la cara. Otra vez como antes, otra vez como antes. El Chava vuelve con dos cervezas.

—¿A qué te dedicas? ¿Qué haces? —pregunta en voz baja, para que no lo oigan los parroquianos. El tono cauteloso del que se ha acostumbrado a cuchichear en los pasillos de la cárcel.

—Voy haciendo. ¿Cuándo saliste, Chava?

—Hace un par de años. Y, luego, me enviaron a la Marina. Si hace solo cinco meses que vuelvo a estar aquí, con mi mujer...

—¿Y te casaste?

—¡Coño, claro! Su padre era el dueño del bar y, si no pasábamos por la iglesia, nasti de plasti. Ahora, ya me ves...

—¿Y el Marujo?

El Chava arruga la nariz, mueve la cabeza como si hablaran de una desgracia.

—Viene por aquí de vez en cuando. Va de camello y está de mierda hasta las orejas.

—¿Y la Nena?

Se miran a los ojos. En la otra mesa, uno grita que, si su compañero hubiera tirado el as antes que la manilla, él hubiera podido sacar el rey, y luego un caballo y los otros hubieran fallado y la mano era suya.

—No sé nada de ella —responde el Chava—. El Marujo la ve de vez en cuando, me parece.

—¿Y tú?

El Chava suspira, bebe, mira en dirección a la cocina.

—Voy haciendo, pero no quiero líos, Migue. Cuando me pescaron, me echaron toda la caballería encima. Las huellas dactilares, ¿sabes? El día que se cargaron al Cachas las dejé en el radiocasete. Lo guarda todo, la bofia. Nos atraparon por asaltar un banco... ¿Sabes que nos atrevimos? Pues sí, y entonces salió a relucir todo... Cantidad de cosas de las que ni me acordaba... Diez años me clavaron, ¿lo sabías? Diez años y cumplí siete...

—¿Y ahora?

—Nada... Alguna timba aquí, de noche, cuando echamos la persiana... Compró algunas cosas a gente... Las revendo... Tengo algunos contactos. Pero no quiero más líos, Migue. Nada de salir a la calle. Lo pasé muy mal en el talego, Migue... —Hace rato que sus palabras respiran miedo. Habla inclinado sobre la mesa, como

si tratara de tocar el mármol con la barbilla, como si lo agobiara un peso enorme. Por fin, se decide a preguntar—: ¿Y tú qué haces?

—Me he limpiado del todo, Chava. Desde que salí de la mili, he trabajado en cosas legales... En mudanzas, en una autopista... Mira mis manos. Me he regenerado. Nada que ver con la poli.

—Pero preparas algo.

—Tienes que guardarme una pipa.

Automáticamente, el Chava se vuelve hacia la otra mesa. Su mirada se detiene también en la puerta de la cocina. Miguel saca el envoltorio grasiento de su cinto y lo coloca entre las manos del otro. Cualquiera diría que se trataba de la mano amputada a un cadáver. Muy nervioso, el Chava lo esconde bajo el mármol.

—¿Qué preparas, Migue? —pregunta, ansioso.

—Voy a joder al Gallego.

—Ni hablar. No cuentes conmigo.

De repente, Miguel parece que quiere saltar por encima de la mesa. El odio deforma su voz. Se contiene para no chillar.

—¿Quién te jodió, Chava? ¿Quién te interrogó cuando te atraparon? ¿Quién te ha metido tanto miedo en el cuerpo, Chava? Fue el Gallego, ¿no? Fue él, ¿no?

—¡No fue él! ¡Él ya no estaba en la poli!

—El Gallego se cargó al Cachas. Le pegó un tiro en la cabeza y le quedó un ojo colgando, ¡un ojo colgando, Chava, y yo lo vi como te estoy viendo a ti ahora, a esta distancia! Un ojo colgando, Chava, y fue el Gallego...

—Sus dedos, temblorosos, se meten en la boca y se saca los dientes, todos en una pieza, rezumando babas—. ¡Y mira lo que me hizo a mí, joder!

—¡No grites, coño! ¡Guarda eso!

Miguel no lo guarda. Pero baja la voz.

—Me han dicho que se salió de poli. No es cargarse a un poli, Chava...

—Es cargarse a un guardia jurado. Que es lo mismo.

Miguel arquea las cejas. Devuelve la dentadura a su sitio.

—¿Qué?

—Mira, Migue... —dice el Chava tratando inútilmente de dominarse—. Lo que se dice por ahí es que lo echaron de la poli por tu culpa, por lo que tú dijiste que te hizo... Hubo bronca, ¿sabes? No, tú no lo sabes, pero yo sí. Hubo mucha bronca y lo echaron. Se volvió como loco. Me han dicho que estuvo en el manicomio y todo. Y luego se metió a guardia jurado, de esos que llevan dinero de un lado a otro en camiones blindados...

—¿Por qué no me dijiste todo esto? —balbucea Miguel, decepcionado.

—Bueno, te has enterado, ¿no? Pues ya está.

—¿Por qué no me lo dijiste antes, Chava?

—Mira, dejémoslo, Migue. Yo paso, ¿oyes? Me borro de todo. Te guardo la pipa pero nada más, ¿vale?

—Ya hablaremos, tú y yo —dice Miguel, con rencor.

Se pone en pie. Se le ha hecho un nudo en la boca del estómago y una mueca de asco le desfigura el rostro.